

nía. Arrancaron á Cicerón su lengua y á Roma su libertad; pero le arrancaron el alma. Todo cuanto había nacido en la república fué grande; pero todo cuanto nació en el imperio, fuera de las almas valerosas que protestaban contra la tiranía, fué miserable y pequeño. Ya no hubo tribuna, ya no hubo las agitaciones consiguientes á la libertad; pero tampoco hubo artes, ni ciencias, ni letras, ni heroísmo, ni grandeza, porque todo quedó, todo, marcado con el sello de la decadencia. En cuanto á Fulvia, casada primero con Clodio, muerto á manos de las facciones romanas; casada luego con Curión, vencido en Africa por Juba; casada luego con el infame Antonio, sufre bien pronto un inesperado castigo. El esposo, hastiado de su imperio, se precipita en brazos de Cleopatra; y el yerno, aquel Octavio que ya se juzgaba dictador absoluto, quiere para sí todo el imperio. Fulvia entonces, para impeler de nuevo su marido al tálamo y á la casa, para deponer á Augusto del trono y del altar, emperador y dios, ciñe un casco, blande una espada y se pone al frente de unos veteranos, consiguiendo tan sólo morir de fiebre y desesperación en Sicione.

## CLEOPATRA

El mundo romano había cumplido sus ideales al terminarse la república y sobrevenir el cesarismo sin dificultades internas de primer orden ni obstáculos externos de invencible resistencia. Como quiera que un pueblo, esclarecido por la estrella de su idea y asentado sobre la base de sus instituciones, gobernaba y regía la tierra, no era cosa fácil seducirlo y extraviarlo, cual se pudo más tarde seducir y extraviar á un hombre, reemplazado el Gobierno de todos por el Gobierno absoluto y personal tristemente. Roma, en sus altos destinos, compendiaba por medio de fórmulas prácticas las fórmulas abstrusas del pensamiento griego; y constituyendo así el derecho construía desde nuestro Estado moderno hasta nuestra familia, para preparar las vías con su imperio universal á la universal religión. Frente á este sistema de ideas, que podría-



mos llamar occidental, brillaba en el mundo otro sistema de ideas que podríamos llamar oriental. Así como Roma tendía por su municipio, por sus pretores á extender el derecho, este otro mundo distinto elaboraba una especie de religión semi-asiática y semigriega conocida con un nombre muy claro y comprensivo, con el nombre de helenismo. La característica del mundo romano estaba en su derecho; la característica del mundo heleno estaba en su metafísica. Roma, que caracterizaba lo que podríamos llamar el sistema latino, se asentaba en el Occidente, á la desembocadura del Tíber; y Alejandría, que caracterizaba lo que podríamos llamar el mundo heleno, se asentaba en Oriente, á la desembocadura del Nilo. Las dos ciudades se identificaban en una obra común, en la obra de formar la síntesis necesaria para extraer de sus términos así la unidad del mundo como la unidad del espíritu, reconciliando la Naturaleza con la Humanidad, la Humanidad con Dios en su maravilloso sincretismo. Sin entenderse unas y otras y sin comunicarse más que por la guerra y por la conquista ¡oh! tres ciudades, por aquel entonces, por los últimos días de la república, guardaban las tres unidades indispensables á formar la trilogía ó trinidad del espíritu moderno. Eran estas tres ciudades Jerusalén, Alejandría y Roma. Jerusalén guardaba la

unidad de Dios, Alejandría guardaba la unidad del hombre, Roma guardaba la unidad del mundo. De Jerusalén arrancaba el cristianismo, de Alejandría el helenismo, de Roma el derecho romano. Con estos tres términos la sociedad y el espíritu moderno quedaban formados. Aunque con ellos más tarde llegó á sumarse por fuerza el germanismo traía éste bien pocos elementos espirituales que añadir á los muchos traídos por aquellos superiores sistemas. Autoras de una misma obra Jerusalén, Alejandría y Roma, debían identificarse á una en la misma existencia, viviendo en paz y en armonía. Pues no, mil contingencias naturales de nuestra pobre humanidad se oponían á ello. En primer lugar ninguna sabía que cooperaba la otra por su parte y con su ministerio especialísimo á un fin común de todas. En segundo lugar cada cual tendía, por una propensión invencible de suyo en todas las entidades sociales, á que predominara la facultad por ella ejercida principalmente, la idea por ella principalmente representada. Jerusalén quería su religión exclusiva, Alejandría su metafísica, Roma su jurisprudencia. Cada cual imaginaba que su idea no había menester de la idea complementaria que representaba y sostenía en el mundo. Así pugaban Alejandría, Jerusalén y Roma, respectivamente, contra sus mismas cooperadoras cada una, cum-



pliendo leyes providenciales é históricas. Jerusalén, para difundir su idea de Dios, no necesitaba más que la irradiación desde su templo á todos los templos; Alejandría, para difundir su idea del Verbo, no necesitaba más que la comunicación libre de todos los pueblos por los mares y por los continentes; Roma, para difundir su derecho y sus Estados, factores menos ideales y más orgánicos, necesitaba la dominación universal. Y como necesitaba la dominación universal, debía dominar á sus dos ilustres rivales, debía dominar á Jerusalén y Alejandría. Pues Jerusalén y Alejandría debían resistirse á Roma, y no sólo resistirse, debían imaginarse llamadas á dominar en Roma y sobre Roma. Jerusalén aun se contentaba con que la dejaran adorar en paz el Dios de sus padres en cualquier sacro rincón de los desiertos y de los arenales palestinos. Como lo condujera nómada desde la tierra de los iraníos á la tierra de los sirios y pudo sacarlo del cautiverio egipcio hasta ponerlo bajo los cedros del Líbano entallados con estrellas de Tiro dentro de templo magnífico sobre Sión, pedía que la dejaran tranquila su adoración egoísta. Pero Alejandría no se resignaba con esto, no podía resignarse de ningún modo. El alma de Alejandro se había cristalizado en su recinto. Y el alma de Alejandro vino, cuando terminado el ciclo metafísico

de Grecia, se necesitaba con suprema necesidad aplicar sus términos capitales al mundo y á la vida. Por eso el nombre de Alejandro quiere decir conquista de la tierra para una idea y por una idea. Su espada parece un rayo de luz. La carrera militar por el Asia una procesión hierática y artística. Sus victorias una lluvia de ideas que así empapan el suelo como el espíritu de Asia. No se diría que le lleva el odio al combate; se diría que lo lleva el amor á celebrar nupcias entre las almas al són de las cítaras, que acompañan banquetes donde celebran otros tantos sacerdotes del ideal una misteriosa comunión de pensamientos metafísicos. Y esta obra se vinculaba en Alejandría. Y querían los romanos dominar tal ciudad. Para defenderse generó á Cleopatra. Y Cleopatra representa en la historia todos los esclavos del Oriente.

Nadie ha podido explicarse todavía el misterio en que se halla como envuelto ese prestigio de una mujer, ejercido no solamente por sus gracias y hechizos personales, por sus gracias y hechizos intelectuales. En aquella república decadente, donde las pervertidas costumbres sugerían ese afecto ligero de volubilidad, versatilidad, mariposeo en los amores cómo dos hombres de tan opuestos caracteres, cual Antonio y César, se fijaron hasta el fin de sus días en esta mujer y se unieron á ella





con lazos sólo cortados por la muerte? Ningún romano en tal edad se contentaba con una sola mujer. Aquel amor místico de Sempronio á la madre de los Gracos y de la madre de los Gracos á Sempronio, por el cual éste se llamaba marido de una sola mujer y aquélla mujer de un solo marido, había pasado como tantos sabrosísimos frutos de la república unida con la libertad. Un hombre como Catón, el representante último de las virtudes republicanas en Roma, cedía su mujer á Hortensio, quien se la lleva delgada, joven, hermosa, y la devuelve gorda, vieja, fea, pero muy rica. Matrimonios como el matrimonio entre Cicerón y Terencia se descomponían por ambiciones políticas con la mayor facilidad, tomando por su lado cada cual. Una hermana de Catón, como Servilia, se prostituye á dictadores como César. Cuando Antonio se casó con su Fulvia ya era viudo, y viuda Fulvia cuando se casó con su Antonio. Este, además de sus dos primeras mujeres, tuvo á Octavia y á Cleopatra. No hablemos de César. Sus matrimonios cambiaban como pudieran cambiar las fases de su política. Si hubiera César sido más tiempo suegro de Pompeyo, no fuera su enemigo. La sangre del corazón humano se movía mucho entonces al golpe del interés egoísta ó del empuje sensualísimo. Y una de las calidades más intrínsecas del amor puramente carnal se halla en

su inconsistencia y movilidad. Cuando se mariposea mucho sobre múltiples emociones ¡ah! se siente poco. Y, sin embargo, Cleopatra lograba fijar sus amantes con una fijeza incommovible. Todos vivían de su vida y aspiraban á morir de su muerte. La serpiente del Nilo gozaba de una fascinación tan sobrenatural, que las almas de los más rebeldes concluían por avasallarse á sus ojos como humildes avecillas. Aunque hablaba muchas lenguas, discurría sobre innumerables ciencias, practicaba tantas artes, dirigía con la misma facilidad un baile que una batalla, compasaba con igual cuidado las estrofas de un coro y las disposiciones de un rescripto, hablaba de religión y ejercía de maga, las cualidades intelectuales y morales no entraban como ingrediente principal en el amor que sugería, entraban las embriagueces de los sentidos, la voluptuosidad puramente animal, y esta voluptuosidad fugaz, aunque intensa, cambiante de suyo, se fijaba en Cleopatra por tal modo, que suspendía la vida de sus labios y en sus labios presentaba la muerte. Parecía devolver las mismas fuerzas que quitaba, inventar placeres desconocidos, ejercer sobrenaturales fascinaciones, imperar sobre los sentidos de sus adoradores como no había nadie antes imperado. Plutarco explica esto de una manera muy cómoda y muy sencilla. Viéndose ante



una débil mujer dominadora en absoluto y un hombre indómito dominado absolutamente, sale del paso diciendo poco más ó menos una frase como ésta: le había dado hierbas. Y dar hierbas quiere decir que había combinado para él ciertas mixturas, á cuya eficacia se trastornaban las cabezas tanto como los corazones, y se caía en una enajenación de sí mismo tan completa, que transmigraba de un cuerpo á otro cuerpo el alma individual en el curso de la vida como puede transfundirse de un pecho á otro pecho el aliento y el suspiro en las efusiones del amor. A la verdad todo esto prueba cómo el espíritu de Cleopatra esplende á manera de una condensación del alma de Asia en los cielos vecinos al ocaso del antiguo mundo. Decaída la república y vencedor el cesarismo, Asia, Africa, el Oriente debían un supremo esfuerzo hacer para subyugar á Roma.

La condensación del espíritu de Oriente contra el Occidente: ahí tenéis el simbolismo de Cleopatra. Oriente quiere decir imperio guerrero y casta social. En su astronomía, en la observación y lectura de aquellos esplendentes cielos, no predominarán las matemáticas, cual sucede por lógica natural en la reveladora y útil astronomía de Occidente, predominará un carácter astrológico, merced al cual dejará de investigar el as-

trónomo lo que sean las estrellas por sí ó en sí para fantasear lo que digan respecto del humano destino en sus centelleos y en sus eclipses. Astrología en Oriente, astronomía en Occidente. Cleopatra representará contra la astronomía la astrología. Para ella los astros innumerables aparecerán en el espacio como dados que juega el destino á su árbitro, en los cuales va impreso el horóscopo supremo de cada mortal. Pero no está sólo en el cielo, en sus resplandores y líneas grabada la suerte de los individuos, está descrita en el mapa y lineamiento de sus manos. Por eso Cleopatra será la quiromancia. Pero no basta, no, con estas ciencias para comprender y estudiar el destino de los mortales; hay otros augurios y otros presagios que anuncian consciente ó inconscientemente las cosas más privadas de animación y de vida. No ya el vuelo de un ave, no ya el pétalo de un vegetal, no ya el chirrido de un insecto, no ya el balanceo de un pez, la simple mota de tierra levantada por un soplo del aire dice algo en su dirección y en su movimiento. Por consecuencia, Cleopatra representará las agorerías asiáticas. Para el Asia la divinidad no está separada, no, del mundo. Aquellos dioses helenolatinos, cuyas efigies, individualizadas en una personalidad y compuestas de armoniosísimas líneas, á una se alzan sobre pedestales aislados en templos de pro-



porciones matemáticas, no se compadecen de ninguna suerte con el panteísmo asiático. Cleopatra será, pues, tal panteísmo. ¿Y en qué tiempo se levantará esta diosa de la casta, de la fatalidad, de la quiromancia, de la magia, de la astrología, del dios animal, del panteísmo materialista, frente á frente de los dioses individuales y humanos? Cuando el frío de la muerte penetra por todas las venas del paganismo, y el fuego de los altares muere, y los creyentes desertan de las ceremonias y enmudecen la pitonisa de Delfos, y la cuerda sonora del arpa clásica estalla en manos de las musas. Mientras este ocaso iba tragándose los dioses paganos en sus sombras, un coro de sibilas por Occidente y un coro de profetas por Oriente anunciaban la esencia misteriosa de un Dios espiritual, igualmente opuesto al Océano de la sustancia panteísta y al coro de los dioses helénicos.

¿Cómo el Oriente podía dejarse destronar sin protesta y sin esfuerzo? En la hora solemne y suprema de concentrarse dentro de sí mismo el genio antiguo para escribir su testamento y salvar su teogonía estaba en el caso Asia de defenderse, volviendo por sus antiguas ideas y resucitando su antiguo genio, á fin de que sustituyese al paganismo espirante, no la idea espiritualista de profetas como los de Jerusalén ó de sibilas como las de Cu-

mas, sino una idea suya, el panteísmo materialista, en el cual se levantarán los templos gigantescos, los colosos enormes, las esfinges titánicas, las pirámides maravillosas, las minerales selvas de monolitos soberbios, en cuyas fases, aristas y cúspides centelleaban los viejos indescifrables jeroglíficos. La teocracia oriental debía reunir sus astrólogos para demandar socorro á las estrellas, sus alquimistas para componer filtros y bebidas enloquecedoras, sus quiromantas para conocer el destino y contrastarlo, sus magos para recurrir en último término al hechizo y al sortilegio en busca de cualquier agente sobrenatural que pudiese conservar su vida y destruir á su contrario. En todas las antiguas teogonías simboliza la serpiente algo muy extraordinario. A los comienzos del mundo, tal como la tradición india, y la tradición irania, y la tradición helena, y la tradición bíblica nos lo presentan, aparece una serpiente misteriosa, que ora puede, benéfica, enroscarse al brazo de Minerva y Esculapio para dar de sí la ciencia con todas sus aplicaciones; ora puede, tras el diluvio de Pirra y Deucalión, infestar el Ática, en los asedios de Troya destrozarse entre sus anillos el cuerpo de Leconte y en el Paraíso bíblico tentar á nuestros primeros padres y arrastrarles desde la inocencia y el candor al pecado. Pues he ahí lo que será Cleopa-





tra, una tentadora serpiente del Asia. Todas las ponzoñas de aquellos reptiles que se arrastran por las orillas del Ganges y del Éufrates ó que defienden á una con sus áspides el desierto inmenso; todos los venenos destilados por aquellas plantas bajo cuyas ramas late la muerte con sus sombras; todas las hechicerías de tanto sortilegio como anidan, cual aves nocturnas y sombríos murciélagos, en los templos y en los santuarios hieráticos; todo se condensa en tal mujer, que parece un misterio, sin orígenes, como las aguas del Nilo, y sin término ni fin, como las graníticas pirámides. Es el eterno atractivo, es la seducción eterna, la esfinge que llama en el desierto al viajero para devorarlo y la sirena que atisba sonriente bajo el agua celeste y las espumas albas el navegante para precipitarlo consigo en los abismos. Sólo considerándola de tal suerte, como una serpiente mágica y tentadora, podéis comprender y explicar el misterio de Cleopatra en los antiguos tiempos.

¿Habéis visto y observado alguna vez en las ciudades andaluzas cualquier gitana, que podríamos llamar ingenua y clásica? En el primer momento lo bronceado de su piel pugna de suyo, hasta en las mismas regiones meridionales, con el sentimiento y el concepto de la hermosura por un europeo allegada. Os placen poco los reverbeos de una piel

oscura en la cual no se nota esa fácil circulación de la sangre que advertís á primera vista en toda tez blanca y sonrosada. Luego la cabellera sobrado negra y un tanto al cráneo pegada, el moño caído sobre la nuca, las cejas espesísimas, las pestañas de una extensión extraordinaria, los labios gruesos y la nariz achatada contrastan toda vuestra liturgia estética. Pero deteneos un poco, atendedla, estudiadla, ved todo aquel conjunto singular, oid la música y el eco de su voz melodiosa, sumergíos en los hondos abismos de aquel profundo mirar verdaderamente oceánico y os persuadiréis bien pronto de que mientras otras bellezas más asequibles á primera vista os desciñen de su lado y os sueltan de su imperio pronto, estas gitanas, á quienes habéis visto con verdadera indiferencia, cuando no con repugnancia, se os enseñorean, pareciéndose á la serpiente antigua en que, una vez cogidos entre los enroscamientos de su cuerpo seductor y embriagados por el penzoñoso aliento de sus fauces viperinas, ya no podéis desasiros de ella, ni siquiera por la muerte. Imaginaos que os lee á su antojo, en serena y voluptuosa noche, las letras expresivas de vuestra suerte y destino por su interpretación de las estrellas; que os abre la mano y pasa las afiladas uñas cosquilleando por los entronques de las líneas trazadas en vuestras palmas; que os refiere